

El alma en llamas

Sirkka Ports



Image not found.

Capítulo 1

— ¡Vuestra merced os imploro clemencia! — exclama entre terribles gritos y sollozos la joven.

Su cuerpo desnudo, intenta en vano acomodarse sobre un asiento muy especial. La silla en cuestión, ha sido construida de hierro y está recubierta por unos pinchos puntiagudos del mismo material. El respaldo, el asiento y los reposabrazos, son los que condensan una mayor presencia de púas. La joven, demostrando cierta inteligencia, ha decidido repartir su peso entre sus dos nalgas, evitando de este modo que los agujones de acero se le claven a más profundidad. Una correa de cuero marrón mantiene inmovilizados sus delgados brazos, y de la misma forma, tiene amarrados ambos tobillos. Su rostro apenas es visible, permanece oculto tras la fina cortina que forma su melena castaña, no debe tener más de quince años. Su piel es blanca y suave, demasiado delicada para soportar el tormento que le están infligiendo desde hace algunas horas.

Sus incesantes ruegos no reciben respuesta alguna, ninguno de los tres hombres que la observan tiene intención de apiadarse de ella. Ante ella, el verdugo con la cara tapada, espera instrucciones. Por lo visto la sesión de interrogatorio no ha terminado, de hecho, la gran mayoría de estas sesiones no suelen terminar hasta que el acusado confiesa de forma voluntaria su delito.

— ¿Ha tomado usted nota de la última frase? — pregunta el Inquisidor al notario del secreto.

— Sí Señoría, lo he hecho.— contesta mientras revisa sus últimas anotaciones.

— Excelente. Y bien, ¿por dónde íbamos? — pregunta mientras vuelve su mirada y su atención a la joven.

El notario relee sus últimas anotaciones, encuentra la última pregunta formulada por Don Iñigo Márquez de Tordesilla, actual Inquisidor del Tribunal del Toledo, a la joven hereje que no para de llorar y de removerse en su confortable silla.

— Su Señoría, la última pregunta ha sido en referencia a las prácticas y ritos judíos que sospechamos sigue celebrando su familia en secreto — responde el notario señalando a la muchacha.

Por lo visto, hace tan sólo cinco meses que toda la familia de la joven decidió abandonar el judaísmo para renacer, mediante el sacramento del

Bautismo, en la auténtica fe cristiana. La familia de la muchacha es una de las más acaudaladas de la ciudad, gracias a un próspero negocio de antigüedades, miembros de la nobleza castellana decoran sus palacios con piezas adquiridas en él. Sin embargo, tras la denuncia de una vecina acusándoles de herejes, todo ha pasado a manos del Santo Oficio para que sea repartido entre la Santa Inquisición y la Corona, siempre que resulten culpables de los cargos que se les imputan. De los cinco miembros que componen la familia, la joven, es la última que resta para confesar voluntariamente su delito. Esto provoca un especial interés en el Inquisidor, que continúa impasible su sesión de interrogatorio, firme en su propósito de no fracasar.

— Muchacha, de nada te servirán tus ruegos y súplicas cuando estamos tratando de descubrir pecados tan importantes como el tuyo. La herejía es el mal supremo que amenaza a nuestra querida Iglesia, el veneno que se esparce imparable por nuestras calles.— le dice en tono severo, mientras con una mano levanta la barbilla de la joven y con la otra le aparta el pelo de la cara.

— Vuestra merced tiene que creerme. Mi familia y yo hemos abrazado la nueva fe de corazón. Nuestras conciencias están limpias al igual que nuestros corazones. — contesta, intentando aparcarse por un momento el intenso dolor que la penetra desde sus muslos.

Esta respuesta no es la que Don Iñigo quería escuchar, se aparta con cuidado y con una seña, indica al verdugo que es su momento para ganarse los reales de su sueldo. Éste se acerca a la joven y le propina un duro golpe en el antebrazo derecho, el brutal impacto provoca que los agujones de acero se claven sin piedad en la carne de la muchacha. Instantáneamente, un grito desgarrado de dolor invade la estancia. Del aullido inicial, poco a poco van quedando tan sólo gemidos intermitentes que varían en tono e intensidad, pero que no cesan. Algunos de los pinchos más largos, le han atravesado por completo el brazo y sobresalen por arriba. La sangre gotea densa por el reposabrazos hasta formar un charco en el suelo. El rostro de la joven, está descompuesto, y las lágrimas brotan de sus ojos con fuerza. La desesperanza se ha instalado en su corazón.

— Volvamos a empezar muchacha. Confíesate hereje y reza a Dios por el perdón de tus pecados. Tu padre y hermanos ya lo han hecho, han reconocido todos que la acusación de herejía era cierta.

— ¡Eso no es cierto! — grita desesperada.

— ¿Acaso dudas de mi palabra? Esta es la mayor prueba de tu condición de hereje.

— No me malinterprete vuestra merced, perdoneme. No somos herejes, no somos herejes, no somos herejes...

La joven, repite en susurros estas últimas palabras sin parar, intentando, que los tres hombres presentes crean en ellas para poder acabar con esta tortura. Pero cómo era de esperar no surten efecto alguno, y Don Iñigo Márquez de Tordesilla le hace otra seña al verdugo. Durante el transcurso de la escena, el notario apenas ha levantado la cabeza de su escritorio, se afana en transcribir al detalle cada palabra, cada grito, cada pregunta, cada gemido, cada respuesta y así sucesivamente.

El verdugo, en respuesta a la última seña recibida, coloca una antorcha encendida debajo de la silla de la muchacha. El hierro, es un excelente conductor del calor, y en pocos minutos el asiento se pone al rojo vivo. La muchacha, aterrada, comienza a sentir cómo el calor se intensifica bajo sus nalgas- Intenta removerse, para evitar quemarse, pero esto provoca que los agujones se le claven en las posaderas y los muslos. Comienza a suceder lo inevitable, y la delicada piel de la joven se pega a la plancha de hierro, un inconfundible olor a carne quemada impregna la cámara. Los gritos son ensordecedores, impropios de un ser humano, parece que quien aúlla de dolor es un animal. Entonces, en ese preciso momento, es cuando se produce la ansiada confesión.

Capítulo 2

Ciudad de Toledo. Año 1487.

Alba duerme y no deja de removerse inquieta en su estrecha cama. Mueve la cabeza de derecha a izquierda contra la almohada, mientras pronuncia en voz baja incomprensibles palabras. Sea por culpa de la pesadilla que la atormenta, o por la luz del sol que se cuelga atrevida por la ventana de su habitación, despierta. Abre sus ojos y recorre con ellos la pequeña alcoba, observa con especial detalle el escudo ovalado que cuelga en la pared de enfrente, le gusta entretenerse mirándolo, lo hace cada día al despertar desde que su abuela lo colgara allí hace muchos años. Un sentimiento de tristeza la invade al pensar en ella, hace tan sólo tres meses que falleció, y recuerda, como le contaba emocionada que este escudo era un objeto muy antiguo, una reliquia que había pertenecido a la familia desde hacía siglos. La superficie del escudo había sido trabajada y pulida con esmero, y en relieve ocupando el centro, destaca una gran serpiente enroscada sobre una magnífica espada. La serpiente está abriendo la boca y tragándose la espada por la afilada punta de ésta.

Mientras sigue mirándolo, algunos rayos del sol lamen su superficie y se deleita observando el resplandeciente brillo que brota de él. Debe ser de bronce, y sin duda alguna, el objeto más valioso que poseen su madre y ella. El contraste con los humildes muebles y enseres de la habitación es más que notable. La mesita y el armario, están desvencijados y viejos, la alfombra del suelo luce apagada y los lujos decorativos brillan por su ausencia. Aunque todas estas carencias a ella no le importan demasiado, se siente cómoda y feliz entre las paredes que la rodean. Después de desperezarse a gusto, decide que es el momento de levantarse para empezar con las labores del día.

Cómo cada día, las tareas asignadas consistirán en hacer varios recados y en prestarle la ayuda necesaria a su madre para terminar a tiempo todos los encargos que quedan pendientes. Su madre es una

excepcional costurera, así se ganan la vida, cosiendo para las damas pudientes de la ciudad. La habilidad de Celia con la aguja, no tardó en ser conocida por todo Toledo, provocando que señoras de alta alcurnia le confiaran sus prendas más delicadas para que las bordara. Alba no conoce otra cosa, desde que era muy pequeña ha visto cómo su madre y su abuela se dejaban las pestañas a la luz de la lumbre intentando acabar alguna comanda imprevista.

Tras levantarse al fin de la cama, se ha vestido con cierta desgana, y baja la escalera dirección a la cocina. Un delicioso aroma le sirve de guía, el olor le resulta embriagador y muy conocido. Cuando entra, no puede evitar que una sonrisa se dibuje en sus labios, su madre ha preparado mermelada de melocotón, su favorita.

— Buenos días perezosa, sabía que el olor te atraería hasta mi — le saluda su madre devolviéndole la sonrisa.

— Buenos días madre. Perdone la tardanza, pero ya sabe que me cuesta levantarme por las mañanas — contesta mientras se acerca a ella y le da un cálido beso en la mejilla.

Viendo a Celia, puede deducirse sin esfuerzo de quién ha heredado Alba su belleza. Ambas tienen un largo pelo ondulado, si bien el de la madre es más oscuro y cubierto de algunas canas, la melena de la hija es del color de la miel. Celia lo lleva recogido en un moño bajo con la raya en medio, pero Alba se empeña en lucirlo suelto. Sus rasgos y complexión física son muy parecidos, finos, delicados y elegantes, aunque ella es un poco más alta que su madre. No todo son semejanzas, también hay diferencias entre ellas, los ojos de Celia son redondos y negros, mientras que los de Alba son idénticos a los de su difunto padre. Unos ojos grises muy claros con algunos toques amarillos en los bordes del iris, asemejándolos a los ojos de un felino. No en vano, su padre era conocido en la ciudad, por el apodo de El Gato. Esteban murió cuando ella tenía apenas tres años, unos bandidos le atacaron sin piedad en un callejón para robarle los pocos reales que llevaba, y no satisfechos con ello, le quitaron también la vida. Este duro golpe las sumió a ambas en la desgracia, vivir sin un hombre en la familia que velara por ellas era muy complicado.

— Apresurémonos hija, tenemos muchos encargos que entregar hoy. Los dos vestidos de Doña Leonor, debemos terminarlos antes de que acabe el día, pasará a recogerlos su doncella Martina — le comenta su madre mientras recoge la mesa del desayuno.

— Entonces, ¿qué quiere que haga primero... reparto los encargos o acabo los vestidos?

Celia se queda pensando un momento, intentando organizarse. Concluye, que dado que su habilidad con la aguja es mucho mayor que la de su hija, podrá adelantar más trabajo si se queda en casa.

— Tú dedícate al reparto hija mía, eso sí, no te entretengas demasiado que ya te conozco, y ten cuidado.

El día transcurre lento, la rutina marca el tempo de la vida de Alba. Una vez repartidos y cobrados todos los encargos vuelve directamente a casa sin entretenerse demasiado. Con la prudencia de no pasear demasiado confiada, llevando en sus bolsillos la recaudación correspondiente al trabajo de toda una semana. Esta precaución no es realmente suya, sino de su madre, es Celia la que le recuerda cada vez que sale el desastre que supondría la pérdida o robo de las monedas cobradas. Es fascinante, la forma en la que su madre convierte el acto más inofensivo o trivial en un peligro en potencia. Cuando llega a casa, el panorama siempre es el mismo, su madre sentada junto a la ventana intentando aprovechar al máximo las horas de luz natural, rodeada de vestidos y ahora con la única compañía mientras cose de una silla vacía que antes ocupaba su abuela Carmen. Celia, ni siquiera levanta la cabeza de su labor, y Alba nunca la interrumpe. Después de limpiar la casa, preparara algo para cenar ambas, aunque siempre acaba comiendo sola. Y al terminar, recoge la cocina adecentándola para el día siguiente. Su madre, sigue cosiendo a la luz de la lumbre, y se despide de ella con un tierno beso diciéndole bajito:

— Buenas noches madre. Deje ya la labor por hoy, coma algo y suba a descansar.

—Buenas noches hija, tranquila, no tardaré en acostarme — le responde siempre con la voz cansada.

Aunque sabe que su madre le miente, ella no insiste. Muchas veces antes lo ha hecho sin obtener resultado alguno, y hoy no tiene ganas de empezar una batalla que tiene perdida de antemano.

Recostada en su cama, observa hipnotizada el escudo, que ahora brilla bañado por la luz de la luna llena. Está más cansada de lo que pensaba y siente como los párpados le pesan cada vez más, cerrando los ojos casi contra su voluntad. Está decidida a rendirse al sueño, cuando un extraño sonido la devuelve de golpe a un estado de alerta y plena consciencia. No identifica la procedencia del silbido o el siseo, pero cada vez suena con más nitidez y más cercanía. De repente, un roce frío y húmedo en su muslo izquierdo, la obliga a replegar las piernas en un acto reflejo. Una descabellada idea cruza su mente, piensa aterrada que la enorme serpiente enroscada en la espada se encuentra bajo las mismas sábanas que la cubren a ella. La simple posibilidad de que esto fuera cierto, le produce un intenso escalofrío, el miedo gana terreno. Sentada sobre la almohada, con las rodillas pegadas a la barbilla, no se atreve a

alargar la mano para levantar la sábana, así como tampoco se atreve a mirar el escudo para de ese modo poder descartar su descabellada teoría.

—El miedo es un arma poderosa, si se apodera de ti pierdes cualquier posibilidad de supervivencia —piensa armándose de valor para alzar la vista hacia el escudo.

Cuando al fin, reúne el coraje necesario, descubre que la espada esta desnuda, ninguna serpiente se enrosca a su alrededor. En ese mismo instante, la sábana se alza como flotando por arte de magia y no tarda en elevarse hasta el nivel de su rostro. Lentamente, se desliza para dejar al descubierto al gran reptil que se contonea delante de ella. Los ojos de la serpiente la miran desafiantes, su pupila elíptica, brilla enrojecida dentro de un globo ocular amarillento. Al carecer de párpados móviles, la intensidad y fijeza de la mirada es escalofriante. Por el pequeño orificio de su boca, se asoma de forma intermitente, una larga y bífida lengua rosada que era y es la culpable del intenso siseo. Se ha quedado petrificada ante lo que ven sus ojos, no ha movido ni un músculo y parece haber perdido el miedo inicial, está tan inmersa en los movimientos que efectúa el reptil que empieza a seguirlos miméticamente. Entonces, la serpiente pronuncia y repite una misma palabra: Galviakán, Galviakán, Galviakán... Alba hace lo mismo. La serpiente, abre de una forma desmesurada la mandíbula, y se aproxima a ella para poder engullirla con más facilidad. Con un movimiento rápido, el reptil se abalanza sobre Alba y es entonces, cuando ésta se despierta aterrada, sudada y temblorosa. Todo ha sido una pesadilla, la misma pesadilla que se repite una y otra vez desde la muerte de su abuela.

Su respiración, algo acelerada, empieza a normalizarse al asegurarse por enésima vez que la serpiente siempre ha permanecido enroscada en la espada y que es su propia imaginación la que le ha provocado el mal sueño. Puede, que su subconsciente asocie el escudo a su abuela, por eso las pesadillas comenzaron cuando faltó ella. Esta asociación es lógica, si tenemos en cuenta que su abuela Carmen, le recordaba cada día la importancia del mismo. Juntas, pasaban largos ratos hablando sobre el misterioso origen del escudo, y su abuela le hablaba de antepasados suyos viviendo en palacios, vestidos siempre con exquisitos ropajes y con sangre real corriendo por sus venas. Alba, escuchaba fascinada la facilidad con la que su abuela se lo inventaba todo, pero jamás la cuestionó o le mostró signo alguno de incredulidad, la quería demasiado. Optaba por consentirle estas ensoñaciones, eran inofensivas y muy divertidas.

Reconfortada al recordar a su abuela y los cálidos momentos que pasaban juntas, se acomoda de nuevo bajo las sábanas.

— Mañana cuando despierte, será otro día — dice en voz alta antes de

rendirse al sueño.

□□□

Esta mañana Alba está preciosa, lleva un vestido de escote cuadrado y con el talle bajo los senos, color marfil. Las mangas, son ajustadas hasta el codo, dónde se abren amplias y largas, incluso más largas que los propios brazos que cubren. Ha decidido estrenar el capuz que no hace mucho le confeccionó su madre. Tiene capucha y se anuda al cuello con un sencillo pasador en forma de estrella, unas prácticas aberturas laterales le sirven para sacar los brazos, cubriendo el resto del cuerpo. El capuz es de terciopelo, color granate oscuro, y su interior va forrado de un suave raso del mismo color. Alba da vueltas sobre sí misma, admirando el vuelo de la prenda. Unos botines marrones de discreto tacón rematan su atuendo. Ella no suele vestir así, pero hoy le apetecía arreglarse un poco más de lo habitual. Su larga y ondulada melena la ha recogido en un moño, sabe que esto alegrará a su madre, que pelea con ella a diario sin demasiado éxito para que dome de algún modo su salvaje cabellera. Una vez arreglada, se dispone a bajar para almorzar, pero cuando se da la vuelta para salir de allí una voz la traspasa.

—Alba, mi preciosa Alba, no tengas miedo — le susurran al oído.

Al escuchar el susurro se queda paralizada, una sensación de intenso frío la invade, la voz es demasiado conocida para ella y al oírla de nuevo, sus ojos se llenan de lágrimas que no tardan en rebosar, resbalando por sus mejillas. Se da la vuelta con cuidado, y lo que ve ante ella la deja sin palabras. Es su abuela, pero no en carne y hueso con la solidez opaca que acompaña a un cuerpo humano. Puede ver a través de ella, es transparente. Formada por un denso humo azulado que se condensa o se dispersa a su libre albedrío. Aún así, el espectro de su abuela es nítido, y su rostro se distingue sin dificultad. Ante la atónita mirada de su nieta, el fantasma, con un gesto la invita para que la acompañe. Ella obedece y sigue la estela azul, se dirige hacia la que era su habitación. El espectro de su abuela se queda quieto en el umbral de la puerta y le señala una baldosa del suelo.

De inmediato, el humo azul empieza a disiparse, desdibujando cualquier parecido con lo que antes era una figura humana. No queda ni rastro del

fantasma de su abuela y ella se queda desilusionada al no haber podido hablar con ella. Siente un gran vacío en el corazón, ha tenido el extraño privilegio de poder ver a un ser querido que ya no está en el mundo de los vivos, algo que ella consideraba imposible desde su escéptica visión del mundo sobrenatural. La experiencia ha sido intensa, pero también muy corta y siente que se atraganta con todo lo que hubiera dicho, si le hubiera dado la oportunidad. Una tremenda curiosidad se apodera de ella, y debe de esforzarse muchísimo para no lanzarse hacia la baldosa y abrirla de inmediato, pero contra todo pronóstico, decide recomponerse y bajar a contárselo a su madre.

□□□

Celia está sentada junto a la ventana enfrascada en sus labores de bordado, la habilidad y la práctica que ha adquirido con el paso de los años le permite poder trabajar de forma mecánica y soltar a sus pensamientos para que viajen independientes. Cuando se sienta a coser, siempre acaba recordando aquellos maravillosos años, en los que Alba era apenas un bebé recién nacido y su padre la acunaba con cariño hasta que se quedaba dormida en sus brazos, es el recuerdo que con más nitidez guarda. Los fuertes brazos de Esteban eran su cuna preferida, existía un vínculo poderoso entre ellos, ambos con esos ojos tan bellos, tan salvajes. Deja escapar una sonrisa, al recordar que Carmen también los poseía, por lo visto, era un rasgo familiar identificativo de los Galván. Esa época fue la más feliz de su vida, ese momento en el que todo es perfecto y pides que el tiempo deje de correr para eternizar la felicidad que sientes en el fondo de tu ser. Pero el tiempo no se detiene por nada, ni por nadie, y lo que sucedió justo después marcó su vida para siempre. Sus pensamientos, se ven interrumpidos por la entrada en la estancia de Alba, camina hacia la silla que está enfrente de la de su madre y se sienta.

— ¿Hija mía que te pasa? Estás muy pálida, ¿acaso te duele algo? — pregunta preocupada mientras se acerca para ponerle la mano en la frente.

— Madre...yo...— dice con la voz entrecortada.

— ¿Qué ocurre? Me estás asustando — dice mientras vuelve a sentarse al comprobar que no tiene fiebre.

— Madre, acabo de ver el fantasma de la abuela Carmen — dice apenas susurrando.

Aunque la revelación ha sido casi inaudible, Celia lo ha escuchado a la perfección, conoce bien a su hija y sabe que nunca le mentiría sobre algo así.

— Alba, no te asustes, cuéntame con tranquilidad lo que ha pasado — le contesta, cogiendo entre sus manos las manos de su hija, que están frías como el hielo.

— Me disponía a salir de mi alcoba, cuando un susurro a mis espaldas me ha sobresaltado. De inmediato he reconocido su voz, asustada me he dado la vuelta y ha sido entonces, cuando la he visto ante mí, convertida en un espectro de humo azul. Madre, era transparente, pero era ella.

Su madre, ha escuchado con una asombrosa atención cada una de las palabras que le ha dicho, y ha intentado imaginarse lo extraordinario que debe ser recibir una visita tan especial.

— ¿Pero te ha dicho algo hija mía?

— No, solo ha pronunciado mi nombre.

— ¿Nada más?

— No... —contesta omitiendo el detalle del baúl para que su madre no decida esconderlo o impedirle ver su contenido — Madre, entonces no son sólo las brujas pueden ver a los muertos — dice sorprendida por su descubrimiento.

— ¡Por el amor de Dios, jamás digas en alto estas palabras! ¿Acaso quieres que alguien nos oiga y acabemos en la hoguera? — le reprende enfadada, mientras se afana en cerrar todas las ventanas de la casa. — Vamos a ver, escúchame con atención, bajo ningún concepto le cuentes a nadie lo que has visto. ¿Sabes porque te pido esto? — le pregunta angustiada.

— Si madre, lo sé. Si digo algo sobre fantasmas o espíritus puedo acabar acusada de brujería por el Santo Oficio.

— Así es hija mía, debes tener muchísimo cuidado con lo que sale de tu boca en los tiempos que corren.

— Creo que olvidarlo todo sería lo mejor. Nosotras somos gente de bien, no hemos agraviado a nadie para que vengan a hacernos daño, sino todo lo contrario, hemos sufrido mucho más de lo merecido.

— Pero...

—Ya está bien. Olvídalo y no hablemos más del tema, tengo mucho trabajo y pocas ganas de discutir esto contigo —dice mientras agacha la vista y continúa bordando.

Alba se ha quedado bastante decepcionada con la actitud y las respuestas de su madre, quizás esperaba más entusiasmo o interés por lo ocurrido. Pero, por otro lado, agradece que la haya creído y también entiende que tenga miedo, hay que extremar la prudencia y la precaución con estos temas, la Santa Inquisición tiene ojos y oídos en todas partes.

Hace apenas dos años que se instauró en Toledo un Tribunal permanente y las detenciones han crecido de forma exponencial desde entonces. Además, el Presidente del mismo, es conocido en todo el Reino de Castilla por la dureza de sus métodos. Lo que Celia intenta evitar con su actitud distante, es que su hija acabe acusada de herejía, prefiere perder el favor de su hija que alentar con su actitud un comportamiento que sólo puede traerles problemas. Pero Alba es extremadamente curiosa, y su juventud es otro ingrediente peligroso en la mezcla. Por muchos argumentos disuasorios que su madre le presente ella, no puede dejar pasar lo que le acaba de suceder, tiene que investigar y para ello debe rebuscar en el antiguo baúl. Opta, por contarle a su madre la excusa de no encontrarse muy bien, y de ese modo, poder volver arriba sin levantar demasiadas sospechas. Celia se queda absorta en los bordados, mientras Alba se dirige a la habitación de su abuela con la libertad de poder escarbar a sus anchas.

El cuarto guarda una gran similitud con el suyo, ambas son estancias pequeñas y austeras. Con cuidado, se arrodilla y escarba por los resquicios de la baldosa, quiere levantarla sin causar desperfectos. Cuando consigue levantarla, descubre un agujero en el suelo. Lo primero que le llama la atención, es un pequeño librito cuadrado con las tapas de piel, no le sorprende reconocer el emblema del escudo grabado en la portada, retira una cinta roja que lo envuelve y lo abre. No entiende las grafías que aparecen, son símbolos extraños, con dibujos del sol o la luna en sus diferentes fases: creciente, llena, menguante y nueva, también aparecen estrellas de cinco o seis puntas, figuras humanas y unas explicaciones a pie de página en una lengua desconocida para ella. Deberá estudiarlo con más detenimiento, así que se lo guarda en el práctico bolsillo interior de su recién estrenado capuz. Dentro de una pequeña bolsita de terciopelo azul, encuentra un anillo de plata que lleva engarzada una piedra redonda de cuarzo blanco en el centro, el mineral ha sido delicadamente pulido. Queda maravillada por la pieza y no puede evitar

sucumbir a la tentación de probárselo, lo introduce en su dedo corazón y extiende la mano para admirarlo como es debido, es magnífico. Cuando intenta quitárselo para devolverlo a su lugar el anillo no sale, tira con tanta fuerza que acaba haciéndose daño, no parecía que le quedara tan estrecho cuando se lo había probado. Algo defraudada con los hallazgos recoloca la baldosa en el suelo, en resumen ha conseguido un libro que no puede leer y un anillo que se niega a abandonar su dedo. Alba ha estado mucho rato ensimismada, y cree que es momento de intentar un acercamiento con su madre, la última conversación entre ambas ha sido tensa y no le gusta estar enfadada con ella, cierra la puerta de la habitación de su abuela y baja en su busca.

— Madre, ¿quiere que la ayude con alguna cosa? — pregunta intentando apaciguar las aguas.

— No hija, ya me las apaño yo sola con esto. Bueno, si pudieras acercarte a comprar algunos hilos que me faltan me harías un gran favor —dice mientras rebusca en el costurero haciendo recuento de lo que necesita —Toma un real de plata y dile a Doña Soledad que te ponga lo de siempre, ella sabrá lo que necesito.

— Claro madre, volveré enseguida —responde aliviada por el suave tono en el que se lo ha pedido su madre.

— Venga, acércate y dame un beso hija mía, no me gusta que discutamos, sólo nos tenemos la una a la otra.

— Si madre, tiene razón, no padezca por mí.

Celia, intenta aparentar que queda absorta en su tarea de bordado, pero en su interior crece la preocupación. Intuye que Alba no se lo ha contado todo, y si esta historia de fantasmas llega a malos oídos, pueden verse metidas en serios problemas. Por motivos mucho menos escandalosos, están arrestando y encarcelando a muchas mujeres, compartiendo todas ellas un destino horrible en la hoguera. Decide no empezar a preocuparse de antemano, cómo normalmente hace, y confiar en el sentido común de su hija.

La calle está repleta de gente, los martes montan el mercado en la Plaza del Zocodover, centro neurálgico de la ciudad. Su casa, está ubicada en una de las calles adyacentes a la plaza y por lo tanto siempre suele estar muy transitada, sólo que los días de mercado un poco más. Camina a buen ritmo, había olvidado que lleva oculto el libro en el bolsillo interior de su capuz nuevo, lo que la incómoda por si lo perdiese sin darse cuenta.

Aunque pensándolo mejor, sería difícil no advertir su pérdida, ya que al caminar con cierta premura el libro golpea contra su cadera haciéndose de notar más de lo que le gustaría. De cuando en cuando, estira de nuevo la mano ante sus ojos para admirar la belleza del anillo, a la luz del sol aún es más bello, varias miradas furtivas de transeúntes hacia la joya la ponen alerta, no debe exponer tan alegremente la alhaja o corre serio peligro de que le corten el dedo para robársela. La tienda a la que se dirige no queda demasiado lejos de su casa, pero al pasar junto a una pequeña callejuela, ve a un niño de unos siete años que está llorando sentado en el suelo, hecho un ovillo, con la cabeza oculta entre las rodillas. Su aspecto es sucio y desaliñado.

— Debe ser uno de tantos huérfanos que salen a pedir limosnas los días de mercado — piensa ella.

Los días de mercado transita más gente por las calles, y además, van con los bolsillos algo más llenos, lo que aumenta las opciones de recoger algún donativo generoso. Cuando Alba se queda mirándolo, el niño levanta la cara de entre sus rodillas.

— Por favor, bella dama, ayúdeme — le suplica el niño entre sollozos — un hombre me ha robado mis limosnas. Cómo me he defendido para intentar conservarlas, me ha dado una patada en el estómago y ahora me duele mucho.

Alba, se adentra en la larga y estrecha callejuela, el niño está tendido en el suelo y no para de llorar.

— Siempre hay desalmados con el corazón podrido, que están dispuestos para aprovecharse de los más débiles e indefensos — piensa mientras se acerca con premura — No llores más pequeño, ahora voy — contesta, intentando apaciguarlo.

— ¿Dónde te duele? — le pregunta mientras se agacha a recogerlo del suelo.

— Me duele mucho la barriga — contesta el niño.

— ¿No te asustes vale, cómo te llamas? — le pregunta mientras con cuidado acerca su mano para levantar el blusón del pequeño — Tengo que subirte la ropa para ver si estás herido, ¿Lo entiendes?

Cuando acerca su mano al niño éste la agarra con fuerza, ese contacto provoca que de repente todo se torne de color gris a su alrededor. Con el filo de una pequeña daga, untada en alguna clase de veneno, le corta la palma de la mano. Los cortes forman un extraño símbolo que queda oculto por la sangre derramada. Intenta liberar el brazo del amarre de su opresor, tirando con fuerza, pero no lo consigue, parece imposible que un

niño de tan corta edad tenga esa fuerza sobrehumana. Grita pidiendo socorro, pero nadie repara en lo que allí está sucediendo, la gente pasa por su lado sin inmutarse. Cuando centra su atención en el rostro del niño, un intenso escalofrío la recorre de arriba a abajo, ante ella tiene una cara totalmente diferente de la que había visto minutos antes. Dónde deberían estar los ojos, hay dos profundos agujeros negros, y el color de su piel ahora es de un tono violáceo. La macabra sonrisa que le cruza la cara, deja al descubierto unos pequeños pero afilados dientes, y sus pequeñas manos se han convertido en afiladas garras.

— ¿Qué engendro maligno eres? — pregunta asustada — ¿Por qué me haces daño?

— Sólo soy un enviado, nadie importante — contesta mientras se consume antes sus ojos desapareciendo por completo.

La sensación de angustia aumenta. Se ha quedado sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra el umbral de una casa. Su vestido color marfil, ahora luce una llamativa mancha roja, consecuencia directa de la sangre que sigue brotando de los profundos cortes en la palma de la mano. Su visión sigue alterada, no advierte color alguno a su alrededor, todo lo ve en una borrosa tonalidad gris, pero aún así, se da cuenta de que la gente que pasa por su lado no repara en su presencia, parece que están cohabitando el mismo espacio, pero en planos diferentes. Una sensación de tremendo cansancio empieza a apoderarse de ella y cae desfallecida.

— ¡Cristian, está aquí! — grita Miguel mientras se acerca a ella para socorrerla.

Con cierto nerviosismo, por no saber el estado real en el que se encuentra Alba, Miguel se acerca con cuidado. Al descubrir su mano herida se la enrolla con un pañuelo y lo anuda con firmeza, para que dentro de lo posible deje de sangrar. Está terminando la tarea cuando su hermano Cristian ha llegado a su altura.

— ¿Cómo se encuentra? — pregunta temeroso — ¿Sigue viva?

— Sí, sigue viva. Aunque no puedo predecir por cuánto tiempo, debemos darnos prisa o nuestro viaje habrá sido en balde.

— No pensaba que la encontrarían tan pronto la verdad — dice Cristian enfadado consigo mismo por no haber llegado antes.

— Ahora no debemos perder más tiempo lamentándonos hermano, debemos partir cuanto antes hacia lugar seguro para intentar revertir el hechizo o morirá — contesta Miguel haciéndose cargo de la

gravedad de la situación.

— Si, tienes razón. Voy a abrir el portal — exclama nervioso.

Ambos hermanos se miran fijamente, reflejando uno en los ojos del otro, el temor de no poder recuperar a Alba, que sigue sumiéndose en el mundo de las sombras para, tal vez, no regresar.